



RESEÑA DE | A REVIEW OF

Galante Gómez, Francisco José. *César Manrique y Haría. El artista y la belleza del lugar*. La Laguna: Universidad, Cátedra Cultural César Manrique y Ayuntamiento de Haría, 2023, 152 pp., 128 ilus. color, 22 b/n. ISBN: 978-84-09-48475-1

IGNACIO HENARES

ihenares@ugr.es

Universidad de Granada

F. Galante: Cesar Manrique

La historiografía del arte contemporáneo cuenta con un nuevo y luminoso hito gracias a la última contribución crítica -de gran belleza en el estilo- de Francisco Galante. Unido a la figura y la obra del polifacético creador que fuera César Manrique durante décadas, por la amistad primero, y por su labor en la Fundación que lleva su nombre después; este libro, con cuanto significa, es solo posible gracias a la rigurosa experiencia investigadora, académica y divulgadora de su autor. Representa una sustancial aportación en la ocasión del centenario del gran artista canario. En un doble sentido: la especial celebración que supone el conocimiento, de un lado. Y de otro, propiciar a partir de su cualidad crítica la necesaria y precisa valoración de la estética de Manrique. Con indudable oportunidad histórica ante el decaimiento del sujeto moderno en nuestros días, la corrosión del carácter. Cumple recuperar en su plenitud y hondura -como en esta lograda obra- los valores de la estética del moderno creador, ante la amenazadora banalización y creciente monetarización del patrimonio, que el turismo y el consumo cultural de masas representan.

Ante la singularidad, la calidad y eficacia estéticas significadas por el pensamiento y la acción de César Manrique; el historiador de la cultura no puede por menos que desear íntimamente que el artista haya sido -como usualmente se ha creído-, y sea un pionero de la posteridad de la que formamos parte. Y no, como el ruido y la confusión de estos nuestros días podrían inducirnos a temer, un mutante, un unicum aislado; objeto -con más frecuencia de la deseada- de una mirada sentimental y superficial. Establecer un itinerario crítico en la cultura artística moderno, y determinar con rigor el lugar que

ocupan intelectual, axiológica y estéticamente en el mismo el artista, su tiempo y su obra, constituyen el eje del ejercicio historiográfico de F. Galante.

Es un ejercicio de naturaleza intraartística, que da cuenta con rigor de la estética y la voluntad proteica de creación del polifacético artista canario. El proceso en que, armado con la sensibilidad y las herramientas del arte de su tiempo; seducido por su personal comprensión de la vanguardia -la doble exigencia de la utopía y la ascesis formal- enfrentará un topos, territorio único; y la ardua tarea que este impone a su sensibilidad de interpretar el *pneuma*, el espíritu del lugar: las evidencias de su permanencia secular y al mismo tiempo su constante mutar. La insuperable eficacia material y espiritual de territorio y paisaje.

El libro se articula en torno a la razón poética de César Manrique. Una razón compleja que concierta las voces del lugar -de su extraordinaria fisicidad-, materia artística por excelencia- y las voces de la modernidad. Toda la valoración del significativo vínculo entre Manrique y Haría que mueve la reflexión de Galante está regida por la dualidad artística identidad/modernidad. Dos ideas-clave que no son ajenas entre sí como toda la reflexión crítica muestra. En el paisajismo, en el ecologismo, avant la lettre, en el amor por la materia, hechura e imagen de una poderosa cosmogonía, junto a la limpia emoción y voluntad artística del creador; es posible rastrear la firme adhesión de Manrique a la más poderosa corriente del pensamiento artístico moderno. La representada por la Filosofía de la Naturaleza del primer romanticismo, la *Naturphilosophie*, que preconiza la comunión del espíritu con la naturaleza por encima del pragmatismo ilustrado, la de los *Magníficos rebeldes*, de Andrea Wulff, de la escuela de Jena. Que a través de las diversas formas del Sublime estará presente en los más importantes movimientos del arte contemporáneo, desde al romanticismo al expresionismo abstracto, de Turner a Pollock como R. Rosenblum hermosamente enseñara.

Manrique es el constructor de un Sublime atlántico: una extraordinaria y bella desmesura conformada por una orografía cosmogónica, entre campos de lava, emergiendo de una escena oceánica. En la dualidad identidad/modernidad invocada por el prof. Galante para la estética del artista -apoyada en un excelente relato historiográfico-, este recupera ideales y valores de la vanguardia canaria de preguerra en arte y poesía: la grandeza de estos movimientos en la historia cultural de los veinte y treinta fue su respetuosa admiración por la auténtica tradición -alejada del casticismo-, contemplada con la mirada del arte moderno que aspira a la reforma de la realidad.

La virtud más digna de destacarse en esta obra, por tantos aspectos imprescindible; es la de reintegrar plenamente al pintor, además de con la tierra que constituye su pensamiento y voluntad artísticas -mediante una hermenéutica crítica y estética irreprochable-, con el propio tiempo histórico. La poética y la obra de César Manrique se enmarcan en unas coordenadas esperanzadoras, aunque no dejen de ser agonísticas, de nuestra reciente historia cultural. El final de la nada propicia autarquía -se elige como meridiano el año del plan de estabilización de 1959, aunque con anterioridad hechos políticos y culturales varios lo anuncien- permite asistir a los procesos de “restauración

de la razón” (Elías Díaz) y reinención de la modernidad. Desde la sociedad civil se produce el inicio de regeneración ético-política y la superación de la proscrición arrojada sobre la cultura moderna de preguerra -condenada al exilio exterior o interior, o el silencio-. La recuperación del pensamiento y la mirada de la vanguardia de los años 20 y 30 será la determinante pasión moral y artística de estos jóvenes creadores.

Narra F. Galante el tour moderno de Manrique, ilusionante viaje iniciático por Madrid, París o Nueva York. Estas metrópolis artísticas -con circunstancias históricas y culturales propias- van a representar peripecias vitales y opciones poéticas de gran trascendencia en la voluntad artística y la creación de Manrique. Estará en contacto con la Escuela de Vallecas matritense, viviendo el proceso de regeneración ética y artística que esta representa. Las dos sedes que empiezan a disputar -y hasta a robarse- el centro de la modernidad no son ajenas al arte español, que había contado con escuelas propias en las vanguardias parisina y neoyorquina. El París posexistencialista se afana construir un humanismo moderno, emergiendo de las ruinas de posguerra, y aporta a la contemporaneidad importantes estratos figurativos de cualidad informalista y brutalista, junto a imprescindibles episodios de neovanguardia. En Nueva York asiste al viaje del expresionismo abstracto al pop.

El artista que vuelve a la isla entenderá que este cosmopolitismo no agota las tensiones poéticas y expresivas de su sensibilidad. Que quedarían incompletas sin la piedra de toque que representan el poderoso país al que retorna el creador decididamente moderno; y la lección de la vanguardia canaria, de Néstor a Domínguez. Un prestigioso estrato de una modernidad, que excepcionalmente en nuestra historia contemporánea dejó de ser epígono, y resultó esencialmente anticipadora. Sobre dos pilares sólidas como la estética poscubista y la surrealista. Manrique retomará el ideal de preguerra de una Atlántida poética en sus frescos del parador y el aeropuerto de Arrecife. Es una valiosa reflexión desde la pintura sobre la cultura que en adelante habrá de centrar y absorber toda su creación en un solo propósito poético, la expresión de los valores singulares de un país. Y a partir de esta plenitud, desbordando el marco generoso de su pintura, incluyendo la totalidad de las artes. Esta intervención histórica del arte en el territorio será la consecuencia de un gozoso encuentro generacional bajo la guía poética de César Manrique.

La rigurosa y circunstanciada crónica del grupo de gestores y artistas que protagonizaron la aventura estética moderna en Lanzarote primero, y Canarias después, en el último tercio del siglo pasado, es una de las espléndidas aportaciones historiográficas de F. Galante. Retrata el poderoso impulso de sociedad civil que alienta junto a la inteligencia artística, capaz de conjurar tanto la incuria como el desarrollismo salvaje de los poderes contemporáneos. Es una pléyade de hombres buenos, que reúne estimables administradores, técnicos y artistas, capaces de planear y construir un futuro sostenible y cualitativamente bello. Del amplio censo que enumera el autor mencionaremos a José (Pepín) Ramírez, presidente del cabildo, a Fernando Higuera, arquitecto, y al propio Manrique. Numerosos proyectos, en Tegui, el Puerto de la Cruz o Marbella reúnen a

estos dos. Pero además en 1974 nos proporcionan un a modo de programa-manifiesto en el libro de Manrique *Lanzarote. Arquitectura inédita*, prologado por Higuera, en el que se hace palpable el conocimiento y la apasionada devoción de César por la cultura popular de la isla, el territorio y la experiencia del espacio. Que se erigen en norte estético de su poderosa creación. Sentimientos que el pintor expresará plásticamente en el vigoroso simbolismo del Monumento al campesino.

Las estructuras elementales de la agricultura tradicional -aterrazados, cercados, taros...- proporcionan la inspiración para el catálogo de formas constructivas respetuosas en la construcción del territorio, que aseguran y subrayan significados y permanencia. Representan una gramática al servicio de una poética espacial impregnada de un sentimiento cosmogónico y regida por una potente concepción psicológica y espiritual de los cuatro elementos naturales, que estudia F. Galante a la luz de la interpretación de Bachelard. En la casa del artista en Haría que protagoniza, pero no exclusivamente el libro lleno de atractivos, encontramos en plenitud este repertorio de belleza naturalista. No exenta de magia y trascendencia. Con apelación al mito en la tematización productiva y existencial de la gruta o la cueva, y unida al Sublime en la tipificación de los miradores,

El artista, Haría y la Belleza del lugar conforman una muy significativa triada. Y representan la aceptación por F. Galante de un reto olvidado por los historiadores del arte académicos con frecuencia: hablar de la Belleza. Ya que hemos delegado el problema de la emoción y la belleza artísticas, últimamente, en filósofos y neurólogos. Que protagonizan los recientes congresos de Estética. El libro del prof. Galante da cuenta, a satisfacción, de la naturaleza y cualidad de la seducción que la obra de Manrique ejerce sobre apreciadores de toda laya -cualificados o no-, incapaces de sustraerse a su poder. Con signos y emociones en que se cruzan un sentimiento primigenio y el sublime moderno. El sentimiento elegíaco del autor, al final, transmite una idea ilustrada e imborrable de amistad.